

á Dios sin reserva, le dijo en su respuesta que uno no merece alabanzas por haber estado en Jerusalén, á donde deseaba ir y de cuya mansión lo felicitaba, sino por haber vivido bien allí ; que se debe juzgar de cada fiel en particular, no por el lugar en donde reside, sino por el mérito de su fé ; que el cielo es igualmente para los ciudadanos de Jerusalén que para los habitantes de la Gran Bretaña, porque el *reino de Dios*, dice Jesucristo, *está dentro de nosotros* (Luc. 17) ; que san Antonio y una infinidad de solitarios del Egipto, de la Mesopotamia, del Ponto, de la Capadocia, de la Armenia, no habían dejado de ir al cielo sin haber visto Jerusalén, y que san Hilarión nacido en la Palestina, no había ido más que una vez y sólo estuvo un día. « Podéis pues, continua, sin detrimento de vuestra fé pasar sin ver la ciudad de Jerusalén. Pero después de haberos apartado, por el estado que habéis elegido, de la multitud y del tumulto de las ciudades, todo vuestro afán debe consistir en vivir en la campiña, en buscar á Jesucristo en el retiro, en orar solo con él sobre la montaña, y no buscar otro vecindario que el de los santos lugares, á fin de renunciar enteramente á las ciudades y permanecer constantemente adepto á vuestro estado... Imitemos á los maestros de la vida solitaria que profesamos ; es decir, á los Pablos, á los Antonios, Julianes, Macarios y á los Hilariónes ; y pasando á la autoridad de las Santas Escrituras, reconozcamos por nuestros maestros á Elías, Eliseo y á los hijos de los profetas, quienes, siempre retirados en la campiña y viviendo en la soledad, se fabricaban cabañas sobre la orilla del Jordán.

« Huid las compañías, los festines, los vanos cumplimientos y las complacencias afectadas de los hombres del mundo, como otras tantas cadenas que sólo sirven para haceros esclavos del vicio ; comed en la noche un poco de yerbas y de legumbres ; que esto sea para vosotros más de-

licioso que el comer el pescado más exquisito. Cuando uno se nutre de Jesucristo y dirige hacia él todos los deseos de su corazón, poco le importa la calidad de alimentos con que nutre su cuerpo... Aplicaos siempre á la lectura de la Escritura Santa ; orad á menudo ; postrado delante de Dios elevad á él todos vuestros pensamientos ; velad con frecuencia y acostaos algunas veces sin haber comido... No os envanezcáis por vestir pobremente ; no tengáis trato alguno con las gentes del mundo, y particularmente con los grandes. ¿ Qué necesidad tenéis de ver con frecuencia aquello que menospreciasteis para abrazar la vida monástica ?

San Jerónimo, después de haber exhortado á Heliodoro á que volviera á la soledad, y trazado á san Paulino, después obispo de Nolas, las reglas de un verdadero solitario, escribiendo al monje Rustiquio, que era Galo y originario de Marsella, le habla de la vida cenobítica y de la conducta que en ella debe guardar. Le indica en estos términos los deberes generales de la vida monástica : « (Ep. 4). Si queréis, pues, le dice, ser un verdadero solitario, y no contentaros con tener sólo las apariencias de tal, os debéis ocupar únicamente del negocio de vuestra salvación, y no enredaros con los intereses de vuestra familia ; pues renunciando á ellos es como empezasteis á ser lo que sois hoy día. Haced aparecer en un exterior descuidado la belleza de un corazón puro é inocente, y dad á conocer por la pobreza de vuestros vestidos cuánto menospreciáis todo aquello que el mundo estima, pero de manera que la vanidad no tome parte en ello, y que vuestras palabras concuerden siempre con vuestro hábito.

« Observad el ayuno, y no busquéis el regalo del cuerpo con el uso de los baños. Moderaos sin embargo en vuestros ayunos, y usadlos con discreción, temiendo que una excesiva abstinencia os debilitara demasiado el estómago,

y después os obligase á comer más de lo ordinario. Un poco de alimento tomado con moderación es provechoso al alma y al cuerpo... Mientras permaneceréis en vuestro país, mirad á vuestra celda como un paraíso terrestre. Id á coger en la Escritura Santa los diferentes frutos que produce ; haced de ella vuestras delicias, y aplicaos siempre á la lectura de estos libros divinos. Ocupaos únicamente del cuidado de vuestra alma, y sacrificadle todo lo restante.

« Como se trata de informar é instruir en vos á un joven solitario, quien, después de haber empleado su juventud en el estudio de las bellas letras, ahora ha cargado con el yugo de Jesucristo, es necesario examinar si os es más ventajoso el vivir particularmente en la soledad, que en comunidad dentro de un monasterio. Por lo que á mí toca, os aconsejo que os pongáis en compañía de los santos, que no os conduzcaís por vuestras propias luces, y que no os engolféis sin guía en los senderos que os son desconocidos... De ningún modo pretendo condenar la vida solitaria, yo que tantas veces la he elogiado ; sino que quiero que uno no entre en el desierto sino después de haberse bien ejercitado en los combates espirituales del monasterio ; quiero que antes haya dado pruebas de buenas costumbres y de conducta virtuosa ; no quiero que uno se eleve por encima de los otros por la excelencia del estado de anacoreta, sin que antes se haya hecho el último de todos en la sociedad de los hermanos ; quiero en fin que ese tal no se deje abatir por el hambre, ni vencer por la intemperancia, que se goze en la pobreza, que se vea en sus ademanes, en sus palabras, en sus mismos pasos una imagen de todas las virtudes...

« Tened siempre algún libro entre las manos ; aprended el Salterio de memoria, rogad sin cesar ; velad exactamente sobre vuestros sentidos ; no os ocupéis en vanos pensamientos ; que todo en vos se eleve á Dios ; ahogad

con la paciencia los movimientos de la cólera ; amad el estudio de la Santa Escritura ; arrojad de vuestro espíritu todo aquello que os pueda turbar ; estad siempre ocupado y haced de manera que el demonio nunca os halle ocioso. Si los Apóstoles trabajaban con las manos para no ser gravosos á los otros, ¿ porque no haréis vos lo mismo ? Trabajad, pues, haciendo cestas de junco, ó espuertas de palmera, ó surcando la tierra, ó cultivando un jardín... ó haciendo redes para pescar, ó transcribiendo libros, á fin de que todo á la vez podáis nutrir el cuerpo con el trabajo de las manos, y saturar el alma con las buenas lecturas. Todo hombre que vive en la ociosidad ordinariamente es presa de una infinidad de deseos. Es costumbre establecida en los monasterios de Egipto el no recibir gentes incapaces de trabajar con las manos ; y esto no es tanto para subvenir las necesidades del cuerpo, como para proveer para las del alma, é impedir que un solitario se abandone á pensamientos vanos y peligrosos.

« Sobre esto os diré lo que yo mismo ví en Egipto. Había en un monasterio un joven solitario, Griego de nación, que sufría tremendas tentaciones, cuya violencia no eran capaces de mitigar los ayunos más rigurosos y los trabajos más penibles. Su superior temiendo que sucumbiera, se sirvió de este medio para librarlo de ellas. Ordenó á uno de los ancianos que lo maltratase sin cesar, y que después de haberlo injuriado mucho, aun fuese el primero en quejarse de él. Entonces hacían comparecer testigos que depusieran siempre en favor del anciano, de suerte que este pobre hermano lloraba mucho por estas calumnias, y porque no había persona que atestiguara la verdad. Solo el superior se interesaba por él, temiendo se dejase arrastrar por un exceso de tristeza. Esta aparente persecución duró un año. Después le preguntaron si estaba siempre atormentado de aquellos pensamientos que antes tantas penas

le causaban. « ¡Ay de mi! respondió, ¿ cómo podré pensar en el mal, cuando ni siquiera tengo tiempo para respirar? » Si este joven hubiese estado solo, ¿ quién le hubiera ayudado á vencer sus tentaciones?

« Yo no quiero fastidiaros con un extenso detalle, continúa san Jerónimo, sólo pretendo haceros ver con esto que no debéis ser dueño de vuestras acciones, sino vivir en monasterio bajo la dirección de un superior y en compañía de muchos, á fin de que podáis aprender del uno, á vivir en la humildad; del otro á practicar la paciencia; de éste á guardar el silencio; de aquél á ser dulce y pacífico. Entonces no tendréis la libertad de hacer cuanto os guste; sino que estaréis obligado á comer lo que os presentan, á no tener más que lo que habéis recibido, á llevar los hábitos que os entreguen, á hacer todos los días el trabajo que os prescriban, á obedecer á pesar vuestro á las personas que no os simpaticen, á acostaros todos los días rendido de cansancio, á dormir como corriendo, y á salir de la cama antes de haber descansado bastante. También cantaréis los salmos cuando os toque; y entonces no buscaréis halagar vuestros oídos, sino inflamar el corazón... Estas diferentes ocupaciones os pondrán á cubierto de las tentaciones, y haciendo suceder un trabajo á otro trabajo, no os ocuparéis más que de aquello que debéis hacer. »

San Jerónimo escribió cartas á personas de diferentes condiciones, y les dió reglas de conducta admirables para santificarse en su estado. Los obispos, los eclesiásticos de todas las graduaciones, las personas casadas, las viudas, todas han hallado en sus escritos instrucciones y consejos que no han tenido más que seguir fielmente para hacerse perfectos. Por ejemplo escribiendo á Heliodoro obispo de Altino, para consolarle de la muerte de su sobrino, Nepociano, dice estas bellas palabras: « Todos los fieles tienen los ojos sobre su obispo. Su casa, su conducta son obser-

vadas por todo el mundo. Debe servir de ejemplo á toda la Iglesia, y no hay persona que no crea poder hacer lo que él hace. » También había escrito á Nepociano cuando vivía, este consejo entre otros, hablando de los eclesiásticos: « La palabra griega *cleros* significa suerte y parte. Se da, pues, el nombre de *clérigo* á los eclesiásticos, ó porque están consagrados al Señor, ó porque el Señor es su porción. Luego aquél que pertenece al Señor ó que tiene al Señor por su porción, debe vivir como un hombre que posee al Señor y en quien el Señor habita. » También se puede ver lo que escribió á la viuda Furia, de la ilustre y antigua familia de los Camilos, refiriéndose á los deberes de una viuda cristiana; y á Leta, indicándole el modo como debía conservar su hija, la joven Paula, en la inocencia, para consagrarla al Señor. Nada hay más sabio y más piadoso que el consejo que da al efecto.

En fin, parece que san Jerónimo sale de sí mismo cuando escribe en favor de la virginidad, y cuando da preceptos á las vírgenes cristianas. Traspasaríamos nuestros límites, si quisiéramos relatar cuanto ha dicho sobre este estado angelical y sobre los deberes que encierra. Se puede leer su carta á Eustoquia y á Demetriades para instruirse más sobre el particular. Bastará notar en general que ensalza el estado de las vírgenes hasta á compararlas á los apóstoles y á los mártires; que ellas están tanto más conformes á Jesucristo, cuanto que este divino Salvador es su jefe y el autor de su virginidad. Les recomienda sobre todo que renuncien las vanidades del siglo, que huyan la compañía de las jóvenes mundanas y las comidas deliciosas, que vivan en el retiro, que salgan raras veces y sólo por necesidad, que se apliquen á las lecturas santas, y mortifiquen sus sentidos, que amen el trabajo y que huyan las conversaciones inútiles; que vivan en tan grande modestia; que con su virtud inspiren á los otros el aprecio y el amor de

la castidad. Por fin, dice estas hermosas palabras que contienen toda la santidad de una virgen cristiana: « Es necesario que una esposa de Jesucristo, semejante al arca de la alianza, esté siempre dorada por dentro y por fuera; ella debe ser la depositaria de la ley del Señor; y á la manera que el arca sólo contenía las tablas del Testamento, así ella debe echar de su espíritu la idea de todas las cosas exteriores y sensibles. Sobre esta apropiación, como sobre las alas de los querubines, el Señor viene á sentarse. »

SANTA PAULA.

No debemos buscar en otra parte más que en san Jerónimo lo que vamos á decir de la célebre santa Paula, ya que este gran doctor habla de ella no sólo como autor contemporáneo, sino también como testigo ocular; ya que era el depositario de sus sentimientos interiores y de las santas disposiciones de su alma; quien, en el elogio que de ella hace, toma dos veces á Jesucristo por testigo de que, bien lejos de darle alabanzas lisonjeras é interesadas, sólo hace justicia á su virtud, y que cuanto de la misma dice se queda muy por debajo de su mérito.

No había familia romana tan antigua y tan ilustre como la de esta santa dama. Su padre Rogato pasaba en la Grecia misma como descendiente del famoso Agamenón, quien sepultó á Troya bajo sus ruinas; y su madre Blesilia descendía de los Escipiones, de los Gracos y de Pablo Emilio; por esto se le dió el nombre de Paula. Nació el 5 de mayo del año 347, bajo el reinado de los hijos del gran Constantino. La nobleza de su estirpe venía sostenida por

inmensas riquezas; así hallaba reunidas en su casa las grandezas y la opulencia; lo que le hizo más recomendable fué su mérito personal; lo que hizo decir á San Jerónimo, que sin detenerse en estas cualidades exteriores, para alabarla dignamente no bastaba sacar del fondo de su propio corazón la materia de su elogio.

Estando en edad de presentarse al mundo, se casó con Toxocio, quien descendía de Eneas y de la familia de los Julios, y por esto llevaba también el nombre Julio, que igualmente se dió á su hija Eustoquia.

La conducta de santa Paula en su matrimonio no sólo edificó á su marido y á sus parientes, más aún á toda la ciudad de Roma. Tuvo cinco hijos, cuatro hembras y un varón, quien llevó el nombre de su padre. Las hijas fueron Blesilia, que murió cuando san Jerónimo estaba en Roma; Paulina, que casó con Pamaquio; Eustoquia, de la cual hablaremos en el capítulo siguiente, y Rufina, que aún muy joven fué arrebatada por una muerte precipitada.

Después de esta dichosa fecundidad con que Dios bendijo su matrimonio, quedó viuda hacia la edad de treinta y dos años. La pérdida de su marido la afligió de tal manera, que creyó morir por la violencia de su dolor; y san Jerónimo confiesa que aquello que podía ser loado en otras como una virtud, en esta santa no podía formar objeto de elogio, porque parece había en ello exceso, ya en esta ocasión ya también cuando perdió algunas de sus hijas. Pero en cuanto se afligía por la muerte de los suyos, en tanto se regocijaba cuando tenía noticia de sus progresos en las virtudes cristianas. Por otra parte, se puede decir que los sentimientos de dolor que sufría eran más naturales que voluntarios, pues además de recurrir á Dios para pedirle el espíritu de conformidad, producía actos de la misma con todo su corazón, á pesar de la sensibilidad de la ternura maternal. Bien pronto veremos las señales heróicas que